1080046742

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

SENCILLA

HISTORIA.

Capitulo Primero.

Al despedirse miss Woodley, le rogó miss Milner con el mayor encarecimiento la llevase consigo, prometiéndole no solamente velar con la

mayor atencion sobre todos sus pasos, sino tambien contener hasta sus pensamientos en los límites que miss Woodley le prescribiese. Esta tuvo á bien decirle, que en el momento en que milord Elmwood hubiese partido para Italia, á donde él mismo habia manifestado tendria precision de ir muy pronto, no se opondria mas al regreso de miss Milner. Y si, durante esta larga ausencia de su tutor de vm., añadió ella, consigue vm. vencer enteramente su amor, entonces me aventuraré á dejar á vm. habitar en el mismo sitio que él.

Dejó ella á miss Milner despues de haberle dado esta seguridad, y como

se aproximaba el invierno, volvió á Londres á casa de su tia, de donde, sin embargo, se preparaba esta á salir para ir á cuidar de la de milord Elmwood, situada en Grosvenor-Square, que el último conde de este nombre habia ocupado; su sobrina debia seguirla tambien allí.

Los multiplicados negocios que ocupaban entonces á milord Elmwood, eran la causa de que no apresurase á miss Milner á que dejase Bath y fuese á reunírsele; estaba ademas adherido á M. Sandford en calidad de capellan, y temia que, si su pupila y Sandford vivian bajo el mismo techo, su natural antipatía degeneraria en aversion.

Este temor habia llegado hasta el punto de pensar en rogar á Sandford que buscase otro alojamiento. Pero el placer que le proporcionaba la compañía de este amigo, unido al disgusto que preveia habia de causarle esta proposicion, fué causa de que no se la hiciese.

En cuanto á miss Milner, se ocupaba mucho mas de los objetos de su afecto que de los de su odio. No se presentó Sandford una sola vez á su imaginacion, mientras que la imagen de milord Elmwood no la abandonaba jamas. Una mañana que estaba con lady Luneham, hablando sobre diferentes objetos, pero sin pensar mas

que en uno solo, entró sir Harry Luneham con M. Fleetmond, amigo suyo. Se habló de la poca probabilidad que, hacia poco tiempo, habia de que el nuevo lord Elmwood debiese, en su edad, heredar el título y muchos bienes que constituian su patrimonio. Y añadió M. Fleetmond, prescindiendo de su fortuna, este cambio debe ser, en su posicion muy agradable á M. Doriforth.

— Nada de eso, respondió sir Harry, porque si bien se esceptua los bienes que adquiere de nuevo, este cambio debe ser para él un manantial de disgustos; debe al presente lamentarsē de la locura que hizo en ordenarse.

Ahí lo tiene vm. privado de toda esperanza de dejar un heredero, y su título se estinguirá con él.

—No, no, replicó M. Fleetmond, bien puede tener un heredero; porque yo no dudo que él se casará.

—¡Que se casará! esclamó el baronet.

—Sí, respondió el otro, y yo aludia á su matrimonio, cuando he dicho que no seria el aumento de fortuna lo que hallaria mas agradable en su nueva posicion.

—¿Cómo es posible que se case? dijo lady Luncham, ¿pues qué, sus votos no le obligan al celibato?

—Sí, le obligan, pero no hay votos de

que el soberano pontífice que está en Roma, no pueda dispensar; los nudos que ha apretado la Iglesia, los puede romper la misma Iglesia cuando lo exige el honor de la religion. Su santidad cree un deber suyo el conceder semejantes dispensas; y seguramente, es ventajoso para la religion que su título no salga de una familia católica. En una palabra, apostaria con gusto á que milord Elmwood está casado antes de un año.

Miss Milner que escuchaba atentamente esta conversacion, creyó que cuanto habia oido no era mas que una ilusion, ó que tal vez la engañaba M. Fleetmond, asegurando una cosa

que podia él ignorar. Nada habia dicho sin embargo que no fuese muy verosimil; el mismo era católico romano, y debia por consiguiente conocer muy bien la materia de que hablaba.

Las noticias mas funestas que hubiese llegado ella á oir, no le hubieran producido mayor agitacion de cuerpo y de espíritu. A cada palabra sentia circular el frio por sus venas. Era demasiado vivo el placer para no llevar consigo un vivo sentimiento de pena, y aun tan doloroso, que, por espacio de algunos momentos, hubiera deseado no haber oido nada de lo que acababan de decir, aunque un momento despues, no hubiera querido, por cuanto hay en el mundo, haber perdido una sola palabra.

No bien habia vuelto en sí de este esceso de sorpresa, de agitacion y de júbilo, cuando escribió á miss Woodley cuanto habia dicho M. Fleetmond, y he aquí la respuesta que recibió de su amiga.

« Mucho siento que hayan informado á vm. tan bien, porque queria yo tener la satisfaccion de ser la primera que comunicase á vm. lo que ha sabido de M. Fleetmond; pero temo que su salud de vm. se encuentre todavía demasiado debil para sobrellevar las esperanzas que debe concebir. Yo di-

feria el hacer á vm. participante de ellas por contemplar con su corazon de vm. y veo que me han prevenido. Sin embargo, como vm. duda todavía de la verdad de lo que há oido, puedo asegurarle que quizá no está muy distante su confirmacion, y, lo que constituye una nueva prueba de ello, son las vivas instancias que yo le hago para que vuelva en medio de nosotros, desde luego que halle un pretesto plausible para dejar á lady Luneham.

«Venga vm., mi querida miss Milner; la que fué hasta aquí un mentor severo para vm., no será ya sino una fiel confidente. Y no amenazaré á vm.

con revelar un secreto que me ha confiado; pero dejaré el cuidado de adivinarlo á la penetracion y sensibilidad de su corazon, que debe desde ahora procurar leer en los nuestros, para encontrar en ellos uno que se conforme con el suyo. Lejos de seguir condenando sus sentimientos de vm. los elogio, y la felicito á vm. de ellos; y todos mis votos serán en adelante porque su amor de vm. obtenga la correspondencia que merece.»

Esta carta fué todavía uno de esos placeres vehementes á los cuales costó bastante trabajo á la salud de miss Milner el poder resistir. Perdió el apetito, y no pudo reconciliar el sueño

en muchas noches consecutivas. De tal manera se ocupaba de la nueva perspectiva que se presentaba á su vista, que no se hallaba capaz de pensar en otra cosa, ni aun de imaginar una razon para dejar á lady Luneham antes de los dos meses que tenia aun que pasar á su lado. Escribió pues á miss Woodley, implorando los socorros de su convite, reconviniéndole de haberle guardado por tan largo tiempo el secreto, y dándole las gracias por habérselo por fin participado de una manera tan digna de su amistad. Suplicábale tambien que le comunicase como miraba M. Doriforth (porque ella seguia dándole este nombre),

aquella repentina revolucion en su destino.

Apresuróse miss Woodley á indicarle que era indispensable volviese á Londres para negocios urgentes; y sin entrar en esplicacion alguna, le dijo lo bastante para no permitir á lady Luneham el que procurase retener mas tiempo á miss Milner.

He aquí lo que respondió á la pregunta de su amiga concerniente á milord Elmwood. « Ese es un artículo de que habla muy pocas veces. Parece exactamente el mismo que lo ha visto vm. siempre, y nada haria creer en su conducta que ha cambiado de estado. »

Tanto mejor, esclamó miss Milner, me alegro mucho que sea siempre el mismo; conozco que le hubiera amado menos si hubiera tomado otro lenguage y otras maneras; en los mismos términos se hubiera esplicado, si miss Woodley le hubiera escrito que estaba enteramente demudado. Fijóse por fin el dia de su partida, dia feliz que deseaba con la mayor ansia. Contaba los momentos con impaciencia; y cuando llegó por fin el tan ansiado dia, se hallaba tan enferma de haber esperado que tuvo que diferirlo aun una semana.

Ya la tenemos por fin en Londres en casa de su tutor, y este tutor no está

ligado con sus primeros votos. El matrimonio ha llegado á ser uno de sus deberes. Le pareció, así como á miss Milner, el mismo que antes, y aun acaso mas digno de ser amado; porque era la primera vez que lo veia con los ojos de la esperanza. M. Sandford, por el contrario, le pareció demudado; es cierto que en su conducta para con ella no usaba de mas miramientos ni mas respeto, pero ella no lo notó; á sus ojos se habia hecho mas tratable, dulce y político. Así es á lo menos, como ella lo veia en medio del júbilo de que estaba lleno su corazon: porque en el júbilo sucede como en

ciertas enfermedades en que nuestros ojos prestan á los objetos sus propios colores.

Capitulo Segundo.

Disponiase milord Elmwood para ir á Roma á fin de obtener allí una dispensa formal de sus votos, evitaba sin embargo con estudio el hablar de su